

LA FORMACIÓN DEL SER TORERO

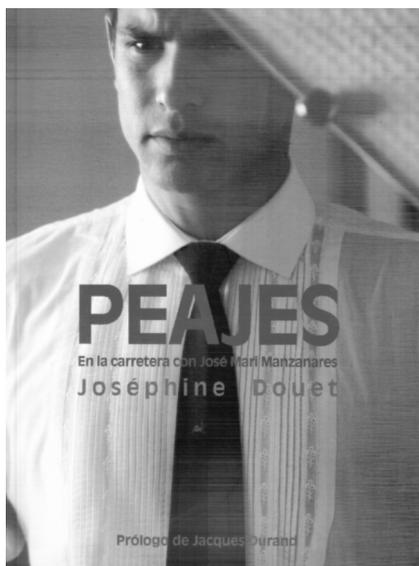


Fig. n.º 50.- Douet, Joséphine (2009): *Peajes. En la carretera con José Mari Manzanares*, prefacio de Agustín Díaz-Yanes, prólogo de Jacques Durand, edición bilingüe castellano-francés, diseño gráfico de J. Monclús, Barcelona, Ediciones Bellaterra, s.p., fotografías en b/n y color de la autora, en holandesa mayor, rústica, cubierta color, solapas.

Bello libro de fotografías taurinas publicado por Bellaterra de Barcelona en gran formato y cuidada edición. Lo abre un inspirado prefacio de Díaz-Yanes donde recuerda que «todos los años, cuando se aproxima el verano, un grupo de hombres cargado con sus herramientas de trabajo –herramientas añejas, artesanas, de otros tiempos, de otros siglos– inician un

viaje al corazón del miedo y de la fiesta. Son los toreros». Y un prólogo de Jacques Durand, el que fuera crítico de *Liberation* antes de que un golpe de animalismo lo derribara, que nos sitúa en el sentido y contenido del libro: la descripción por imágenes de un viaje –esencia y resumen de muchos viajes– del matador *José Mari Manzanares* y su cuadrilla– hacia otra plaza de toros para cumplir con su destino y compromiso: matar reses de lidia. El libro, pues, recoge en imágenes desde el momento en que el



Fig. n.º 51 .- Amuletos y medallas cuelgan del espejo retrovisor del coche de cuadrilla (Fot. de Douet).

matador y su cuadrilla gozosos parten, se ponen al camino, bromean, fuman, toman café, se instalan, cuidan los *trastos* –los instrumentos rituales para sacrificar reses bravas– y se dirigen a otro punto de la geografía del planeta taurino para volver a enfrentarse con otros toros que sacrificar ante una inmensa multitud de aficionados –de *afectados* por el sacrificio– que los esperan con el ansia de ser elevados, por el exacto y bello ritual

de la faena, a una patria soberana, a un lugar espiritual de hechizo, donde las contradicciones de la vida quedan suspendidas y el alma colgada en el infinito. Los traslados del matador y su cuadrilla –del sacerdote y los acólitos de un dios, como escribía Machado, desconocido– son como vías ascéticas que los preparan espiritualmente para el gran combate que eternamente se renueva, en el ruedo, en todos los ruedos, con los toros bravos. Así queda el libro planteado: los viajes del matador y su cuadri-



Fig. n.º 52.- *El matador ante su capilla*, montada en la habitación del hotel, reza, mientras Javi, el mozo de espada, le prende la castañeta (Fot. de Douet).

lla para enfrentarse a la muerte. Estos viajes los hacen solos, ligeros de equipaje, sin el acompañamiento de los suyos, de sus amigos, dejando atrás el confort burgués de sus domicilios, el calor maternal de sus familias. Así van atravesando España por la noche oscura de las carreteras, desprovistos, casi despojados. Van, como peregrinos, ascendiendo por la noche triste, surcando vías purgativas, cada vez más angustiosas en la medida en que más se acercan al momento de matar.

Estos angustiosos itinerarios, estas preparaciones espirituales son de todo punto semejantes a los que describieron los místicos de todos los tiempos, aquellos hombres de espíritu fuerte capaces de darlo todo con tal de alcanzar la plenitud extática de la visión inefable.

Desde el inicio del itinerario, Joséphine Douet insiste delicadamente en cómo la religiosidad está presente, en cómo este sentimiento lo impregna todo desde el momento de la partida



Fig. n.º 53.- *El mozo de espadas aprieta los machos de la taleguilla de Manzanares*

con la carga y arranque de la furgoneta que exige mirar al retrovisor —del que cuelgan, siempre, algunos fetiches: medallas— hasta el momento en que en la soledad del hotel el torero se reviste con el vestido de celebrar y reza ante una mesa llena de imágenes sagradas a las que pide protección y fuerza para el combate.

Quizá uno de los momentos más reveladores sea el momento de enfundarse el vestido de torear. Hay personas que

se extrañan que se utilice la palabra *vestido* pues la creen femenina: las mujeres llevan vestidos y los hombres trajes, dicen. Pero en las sacristías del mundo, refiriéndose al sacerdote, siempre se habla de vestiduras sagradas y no de trajes santos.

Esta imploración es una actitud común en casi todos los matadores de reses bravas. *Manzanares* es de los toreros que menos disimulan, que carecen de *respeto humano* y no tienen



Fig. n.º 54.- *Joséphine Douet*, la autora, que en 1999 había iluminado el libro de Fernando del Arco *El Juli, historia de una voluntad* (Egatorre, 1999), ha hecho fotografía de moda y publicado en revistas como *Vanity Fair*, *Telva*, *Elle*, *Rolling Stones*, *Libération* o *Paris Match*.

necesidad de esconder su debilidad y el deseo de poner a su favor, en le batalla que se avecina, a las potencias del más allá.

El vestido de torear con sus peculiares zapatillas, propias de un ballet y no de un deporte, las medias de color carne, la taleguilla que para enfundársela el torero precisa la ayuda del mozo de espada, la difícil y delicada tarea de apretar los machos, los tirantes, el orden de los pliegues de la camisa, el nudo de la

corbata, el chaleco y, por fin, la chaquetilla que como una armadura separa al torero del mundo, le infunde seguridad y lo sitúa en la vertical que le da sentido. El mozo de espadas –en este caso Javier Castro, *Javi*– oficia como un acólito que previamente ha montado la capilla ante la que se recoge y ora el matador: las estampas de esa capilla móvil provienen de familia, de amigos y siempre se colocan en el mismo orden.

Una vez superado el rito talar resulta que surge otro ser distinto: el torero que ha dejado de ser lo que instantes antes era y, ya vestido de torero, se siente de otra manera: ahora, asume la responsabilidad de ser y sentirse un matador. Como dice la autora, «el traje de luces es la segunda piel –de oro o plata– del torero».

La serie de fotografías que constituyen lo esencial del libro describen el viaje del torero, su paso por los hoteles y por las plazas deteniéndose más en sus dimensiones psicológicas que en las tauromáquicas, aunque sin suprimir éstas, como por ejemplo la serie de fotogramas que describen un pase circular vestido de majó en la plaza de toros de la Real Maestranza de Ronda de la que sale a hombros por la Puerta Grande, lo que representa el momento culminante del viaje y el éxito completo como oficiante.

Quiero agradecer a Estanislao Ybarra, aficionado y seguidor de Morante, que a mi requerimiento de un libro de fotografías que tuviera en cuenta la dimensión religiosa de tantos de nuestros toreros tuvo el acierto y la sensibilidad de remitirme a este bello libro que aunque editado en 2009 bien vale recordarlo y recomendarlo a nuestros lectores

Pedro Romero de Solís
Fundación de Estudios Taurinos